

FERNANDO SANZ-LÁZARO

## LÁZARO DE TORMES, HISTORIA DE UNA NEUROSIS<sup>1</sup>

Universität Wien  
fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at

El pícaro literario del Siglo de Oro empieza a formarse en los primeros años de vida del niño<sup>2</sup>, y alcanza su máxima expresión en torno a la adolescencia, para terminar decayendo al llegar a la edad adulta. De acuerdo a este modelo, la existencia de Lázaro de Tormes transcurre en la candidez hasta que entra al servicio de su primer amo, que es precisamente quien le hace abrir los ojos a la hostilidad del mundo en toda su brutalidad. Después de servir a muchos otros patrones, Lázaro retorna a la comodidad de la inocencia —acaso convenientemente fingida— empleado por el arcipreste de San Salvador. A pesar de las diferencias entre los diversos pícaros desde Lázaro hasta los de las postrimerías del siglo XVII, todos ellos parten de un antihéroe modelado por las circunstancias a las que se ve expuesto en su más tierna infancia.

La importancia de la etapa inicial de la vida para el desarrollo posterior es un hecho bien conocido y estudiado desde la antigüedad, cuya esencia resume la máxima frecuentemente atribuida a San Ignacio de Loyola: «dadme un niño hasta los siete años, y no importa quién se haga cargo después». Independientemente de si el epigrama es fruto del ingenio del azpeitiano, lo cierto es que generaciones de jesuitas la han aplicado con éxito en la práctica y han demostrado que encierra buena parte de verdad.

Sin embargo, a pesar de que la relación general entre los estímulos

---

<sup>1</sup> Revisado y corregido por Clara Monzó. Publicado como parte de los proyectos FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P32263-G30) y *Sound and Meaning in Golden Age Literature* (FWF Austrian Science Fund, P32563). Gracias a Simon Kroll, al que debo la idea de leer al pícaro con los anteojos freudianos.

<sup>2</sup> Incluso antes, como en el caso de Gregorio Guadaña (Enríquez 1991).

psicológicos e intelectuales de la infancia y la forma en que ha de desenvolverse el individuo en su vida adulta deje poco espacio a la duda, establecer relaciones biunívocas claras de causalidad entre circunstancias y hechos particulares de la puericia y una conducta concreta en la madurez requiere, en el mejor de los casos, un salto de fe. Afortunadamente, la literatura, si bien no está sujeta a las limitaciones físicas que rigen nuestra vida ordinaria, sí responde a las suyas propias y, entre ellas, se cuenta la causalidad narrativa.

Así, en primer lugar, observamos que los autores de literatura picaresca establecen una correlación entre las circunstancias de la primera infancia del protagonista y su desarrollo biográfico posterior, tal y como sucede en el ámbito extraliterario. En segundo lugar, en la literatura podemos asumir que los eventos consuetudinarios que acontecen en las narraciones no suceden por casualidad, sino que sirven al argumento, esto es, responden a una estrategia deliberada conducente a justificar situaciones posteriores. Considerando las proposiciones anteriores, no resulta aventurado avanzar un paso más allá de la mera correlación y asumir causalidad entre la niñez del pícaro y su devenir picaresco.

Con el silogismo anterior en mente, la desaparición de la figura paterna en buen número de obras picarescas y, con frecuencia, su reemplazo poco deseable, cobra nuevo sentido. Esta nueva perspectiva puede ser interpretada con ayuda del marco teórico que provee Sigmund Freud (2010, 2019). En este artículo, presento algunas observaciones preliminares, resultado de aplicar este método a *Lazarillo de Tormes*, con el propósito de profundizar en el futuro en el desarrollo psicológico de Lázaro y, tal vez, extender la investigación a otros personajes del corpus picaresco español del siglo XVII.

Partiremos, pues, de la premisa de que Lázaro disfrutó de una existencia sin mayores contratiempos en el seno de la familia de molineros en la aldea de Tejares, compuesta por el propio Lázaro y sus padres, Antona y Tomé. No hay datos que permitan suponer que su vida transcurrió por otros derroteros hasta después de cumplir su octavo año de vida.

Pues siendo yo niño de ocho años achacaron a mi padre ciertas sangría mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, confesó y no negó, y padeció persecución por justicia [...]. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida. (*Lazarillo* 14-15)

Lázaro tiene ocho años en este punto, por lo que probablemente, de acuerdo a Freud, ya habría superado varios estados de desarrollo psicosexual, incluyendo la etapa fálica, caracterizada por el deseo inconsciente de poseer a su madre y eliminar al competidor que representa su padre. Se encontraría, pues, en una etapa de latencia previa al pleno

desarrollo, en la que ha renunciado a la posesión directa de la madre para hacerlo indirectamente mediante la identificación con el padre. De esta manera, en tanto que Lázaro desearía emular la figura paterna, podemos asumir que los hurtos del molinero dejarían su impronta en la escala moral del niño. Debemos hacer hincapié en que el ejemplo paterno al que estaba expuesto Lázaro no era un delito famélico, pues la familia disponía un medio de vida honrado con la molienda.

No podemos, empero, hacer a Tomé único responsable del desarrollo de su hijo, pues, como vimos, se separaron antes del noveno año de Lázaro. Tras esto, nuevas figuras paternas vienen a llenar el hueco que el infortunado molinero deja en su familia. En efecto, al quedar huérfano de padre, el niño vuelve a tener que competir por los afectos maternales con otros varones adultos.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos, por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa de ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas. (*Lazarillo* 15)

El ejemplo de estos nuevos modelos no es mejor que el del desaparecido. Sabemos, por un lado, que los estudiantes tenían mala reputación y estaban relacionados con la vida picaresca, como confirma el propio papa Pío II, quien afirmaba «ceterum studentes ipsi voluptati operam prebent. Vini cibique avidi pauci emergunt docti neque sub censura tenentur, die noctuque vagantur magnasque civibus molestias inferunt. Ad hec mulierum procacitas mentes eorum alienat» (Piccolomini 270). O, dicho de otro modo, precisamente en una novela picaresca, «estudiantes y pícaros, que es todo uno» (Quevedo 160). No obstante, por lo que respecta a si los estudiantes tuvieron acceso carnal a la madre de Lázaro y si, de ser así, el niño tuvo conocimiento para ver en ellos una figura paternal, solo podemos lanzar conjeturas.

Por otro lado, no necesitamos recurrir a la bibliografía para conocer la catadura moral de los caballerizos ni especular sobre la relación de estos con Lázaro, pues el propio texto nos facilita la información en detalle, ofreciéndonos uno de ellos como ejemplo. Se trata del esclavo negro Zaide, quien cobra cierto protagonismo dentro de la narración y acaba determinando el desarrollo de los acontecimientos:

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos. (*Lazarillo* 16-17)

La naturaleza de la relación de Zaide con Antona deja poco lugar a dudas, así como también parece claro que el esclavo asume el papel de padrastro de Lázaro. Con la entrada del nuevo elemento en el universo familiar, Lázaro experimenta una breve regresión al conflicto de la fase fálica, viendo en la nueva figura paterna un elemento hostil que le suscita temor. Sin embargo, la tensión se resuelve tan feliz como rápidamente y el niño pasa a ver en el padrastro una figura protectora y proveedora, que lo hace objeto de su afecto.

La generosidad de Zaide no está exenta de mácula moral, pues los bienes con los que provee a su familia proceden de la práctica sistemática del hurto. No se trata, al igual que sucedía con el padre de Lázaro, de un caso de necesidad, sino que Zaide sustrae bienes para ganarse los favores de la madre de Lázaro, a pesar de que esta ya dispone de medios propios para mantener a su familia. La situación no dura, y acaba infortunadamente para todas las partes implicadas:

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hechas pesquisas, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y las sábanas de los caballos hacía perdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. (*Lazarillo* 18-19)

Aunque algunas actuaciones poco honorables del pícaro, como la sisa de comida durante la estancia en casa del clérigo de Maqueda (54-64), bien podrían responder a un irreprimible instinto de supervivencia, otras acciones no pueden explicarse con tanta benevolencia, como los hurtos de monedas o vino al ciego (29-32). Para estos últimos, lo que hemos expuesto bien podría explicar la inclinación de Lázaro por la picardía como resultado de un deseo inconsciente de identificarse con las diversas figuras paternas mediante imitación de su carácter. De esta suerte, Lázaro va moldeando su propio ser a semejanza de aquellos.

El caso de Lázaro presenta una particularidad adicional, pues este no consigue superar del todo la fase de latencia. A lo largo de su vida, su progreso psicológico se ve entorpecido por la presencia de una figura paterna autoritaria, encarnada por sus amos, que limita sus interacciones sociales e impide el desarrollo de su autoconfianza. Al llegar a la edad adulta, esto adquiere una significación especial, pues supone el retorno al punto de partida. Si durante la infancia la figura paterna frustra el deseo del niño de poseer a la madre, el arcipreste reprime las pulsiones latentes del Lázaro adulto hacia su esposa, que también ejerce de barragana del clérigo con el consentimiento implícito de su marido. Al igual que en la etapa de latencia, Lázaro tampoco alberga sentimientos negativos hacia la figura paterna, más al contrario: encuentra en el clérigo un personaje digno de respeto y de admiración, cuya benevolencia provee a la familia. Esta pasividad, a su vez, sugiere la ausencia de la libido que caracteriza a la etapa genital, lo que Freud entiende que es precisamente

la consecuencia esperable de una resolución inadecuada de la etapa de latencia.

En conclusión, el *Lazarillo* ilustra el surgimiento de una neurosis y como esta enraíza en la personalidad del individuo, hasta que, finalmente, acaba manifestándose en el comportamiento de la persona adulta. El desarrollo psicosexual de Lázaro se queda estancado en la etapa de latencia como resultado de una resolución inadecuada de esta, anormalidad propiciada por la crucial influencia de las figuras paternas que se suceden en la vida del niño. Los *padres* del pícaro, por un lado, sirven al niño como modelo pero, por otro, son su único referente, al no encontrar otros sujetos más idóneos para apuntalar su maduración espiritual, lo que impide así su normal socialización y, en último término, la desvinculación del padre. La infancia de Lázaro explica, pues, que sus pulsiones adultas no estén orientadas a su mujer como objeto sexual sino a una figura paternal, el arcipreste de San Salvador, un *pater spiritualis*: un padre.

## BIBLIOGRAFÍA

- Enríquez, Antonio. *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*. 1644. Editado por Teresa de Santos, Cátedra, 1991.
- Freud, Sigmund. *Die Traumdeutung*. 1900. Editado por Jens Heise, 12.ª ed., Reclam, 2019.
- , *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. 1905. Editado por Lothar Bayer y Hans-Martin Lohmann, Reclam, 2010.
- Lazarillo de Tormes*. 1554. Editado por Francisco Rico, 24.ª ed., Cátedra, 2014.
- Piccolomini, Enea Silvio. *Historia Austriacis*. 1452. Editado por Martin Wagendorfer y Julia Knödler, vol. II, Monumenta Germaniae Historica, 2009.
- Quevedo, Francisco de. *La vida del Buscón llamado Don Pablos*. 1626. Editado por Domingo Ynduráin, 25.ª ed., 2014.